

## CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

<i>La esperanza</i>	<b>3</b>	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	<b>5</b>	<b>La esperanza entre la fe y la caridad</b>
<i>Pedro Alurralde</i>	<b>17</b>	<b>El monje y la esperanza</b>
<i>Jean-Louis Brugues</i>	<b>21</b>	<b>El arte de durar</b>
<i>Alberto Espezel</i>	<b>33</b>	<b>Esperanza y purificación en la teología contemporánea</b>
<i>Xavier Tilliette</i>	<b>43</b>	<b>Notas y reflexiones sobre la virtud de la esperanza</b>
<i>Carlos G. Hoevel</i>	<b>51</b>	<b>Para una espiritualidad ante la muerte</b>
<i>Santiago Kovadloff</i>	<b>59</b>	<b>Lo peor ya pasó</b>
<i>Olegario González de Cardedal</i>	<b>67</b>	<b>Destino histórico, experiencia religiosa y creación artística</b>
<i>Leonardo Cappelluti</i>	<b>84</b>	<b>Iglesia, Eucaristía e Inculturación</b>

# La esperanza entre la fe y la caridad

por Hans Urs von Balthasar\*

## 1. La esperanza en el centro

Fe, esperanza y caridad forman una *unidad* atestiguada por numerosos pasajes del Nuevo Testamento<sup>1</sup>, pero son descritas como *modalidades diferentes* según las cuales se hace cristiana una existencia. Ellas no se confunden pura y simplemente, pero son indisociables. Y como en muchos textos bíblicos, la esperanza está situada entre fe y caridad, tomaremos como punto de partida en estas páginas esta posición central sobre la que Péguy ha insistido tanto en el *Pórtico del misterio de la segunda virtud*<sup>2</sup>. La “*ligera esperanza*”, que “*no tiene aire de nada*”, parece trotar al lado de sus grandes hermanas, la fe y la caridad —pero de hecho es ella que “*arrastra todo consigo*”—. “*La fe no ve sino lo que es. Ella en cambio, ve lo que será. La caridad ama sólo lo que es. En cuanto a la esperanza, ella ama lo que será*”. “*Y las dos grandes sólo se apresuran por la pequeña*”. “*Si uno se interesa, dice Schlier, por el sentido de la existencia cristiana, la esperanza es lo que lo determina. Si se considera lo que informa esa existencia, hay que nombrar a la caridad. Si se*

\*Hans Urs von Balthasar, nacido en 1905 en Lucerna (Suiza). Sacerdote en 1936. Miembro de la Comisión Teológica Internacional, miembro asociado del Institut de France. Cofundador de la edición alemana de *Communio*. Su última bibliografía, hasta 1977, ocupa 90 págs. en *Il filo d'Ariana attraverso la mia opera*, Jaca Book, Milán, 1980. Últimas obras aparecidas en francés: *Nouveaux points de repere* (Nuevos puntos de situación), col. “Communio”, Fayard, París, 1980; *Aux croyants incertains* (A los creyentes inciertos), coll. “Le Sycomore”, Lethielleux, París, 1980; *La Gloire et la Croix, Metaphysique* (La Gloria y la Cruz, Metafísica), t. 2 y 3, Auber, París, 1982 y 1983; *Jésus nous connaît-il? Le connaissons-nous?* (¿Jesús nos conoce? ¿Lo conocemos?) Centurion, París, 1984.

<sup>1</sup> *1 Ts.* 1, 2 ss.; 5, 8-10; *1 Cor.* 13, 13; *Col.* 1, 4; 1, 27; también *Ga.* 5, 5 ss.; *Rm.* 5, 1-5; *Ef.* 1, 15-18; *Hb.* 10, 22, 24; *1 P.* 1, 21.

<sup>2</sup> *Christliche Meister* (Maestros cristianos) 9, Johannesverlag, Einsiedeln, 1980, 14-15.

pregunta cuál es el fundamento, hay que nombrar a la fe"<sup>3</sup>. Para el poeta como para el exégeta, la esperanza es el elemento dinámico de la existencia cristiana, ella es un elemento propiamente cristiano, que no poseían los paganos (I Ts. 4, 13) puesto que ellos viven en el mundo "sin esperanza y sin Dios" (Ef. 2, 12)<sup>4</sup>.

Ciertamente la esperanza presupone siempre la fe que le da lo que debe esperar (Rm. 5, 1-9). Pero la salvación en la que cree la fe es una salvación esperada (Rm. 8, 24). Y la fe misma es "garantía de lo que se espera, prueba de lo que no se ve (todavía)" (Hb. 11, 1). El centro de nuestra existencia es, según Pedro, el movimiento que nos conduce a la salvación, y a una salvación manifestada en la resurrección de Jesús —y tanto más puede considerar ese centro cuanto que empieza su epístola por una alabanza de la misericordia de Dios, que "por la resurrección, nos ha regenerado para una esperanza viva"—. Y a sólo dos versículos más lejos evoca la fe en una herencia que la resurrección de Jesús nos permite entrever (1P. 1, 3-5), fe que hace amar a Cristo "sin haberlo visto", y que en medio de las pruebas terrestres ya está llena de una "alegría indecible y glorificada" (1P. 1, 8). Lo mismo se da en Pablo: la esperanza pone en movimiento a la fe, hacia un fin no alcanzado todavía, pero, porque hay fe, ya *captado por anticipado* (Flp. 3, 12-16).

La fe y la esperanza descansan sobre una común certeza que no es producida por el hombre, pero que les es certeza y seguridad dadas por Dios. El cristiano puede ser exhortado a "mantenerse en la fe, sólidamente fundada y firme, sin dejarse nunca apartar de la esperanza traída por el Evangelio que él ha escuchado" —esto marca la distancia que existe entre la fe que espera y toda *certeza subjetiva de una salvación*<sup>5</sup>—. Esto se hace totalmente evidente cuando Pablo dice que "hemos llevado en

<sup>3</sup> H. Schlier, *Nun aber bleiben diese Drei. Grundriss des Christlichen Lebensvollzuges* (Ahora permanecen las tres. Fundamentos de la realización de la vida cristiana). Johannesverlag, Einsiedeln, 1971, 12.

<sup>4</sup> Sobre los aspectos problemáticos de la esperanza en la antigüedad greco-romana, ver la exposición detallada de K. M. Woschitz, *Elpis-Hoffnung, Geschlechte, Philosophie, Exegese, Theologie eines Schlüsselbegriffs* (Elpis - Esperanza, Historia, Filosofía, Exégesis, Teología de un Concepto Clave). Herder, Friburgo/Basilea/Viena 1979. Una excepción de consideración: el Sócrates de los diálogos platónicos, para quien la posibilidad de una inmortalidad del alma es "una grande y bella esperanza" (*Fedon y Apología* 40 ce). Sócrates va hasta desear a sus jueces "tener buena esperanza frente a la muerte" (*Apología* 41 d; República 496 de).

<sup>5</sup> Buenaventura puede hablar de la "certeza infalible" de la esperanza, que le viene de la fe, pero está en duda de que el hombre pueda atenerse a la fe y a la esperanza (*In Sentent.* 3, dist 26, 1, 5). Lo mismo en Tomás de Aquino (*Suma Teológica* IIa IIae, 18,4)

nosotros nuestra sentencia de muerte para aprender a no poner en nosotros mismos nuestra confianza, sino en Dios que resucita a los muertos” (2 Co. 1, 9), cuando él manifiesta una “firme esperanza” respecto a la comunidad de Corinto porque sabe que compartiendo sus sufrimientos, tendrá también parte en su consolación (2 Co. 1, 7), o cuando hace que Abraham “espere contra toda esperanza y crea” (Rm. 4, 18).

Como fundamento de toda la vida cristiana, la fe tiene sus leyes propias aplicables a ella sola. Ella es fe nacida de una buena nueva transmitida históricamente (Rm. 10, 14-17), que obliga radicalmente a sus mensajeros a transmitir la noticia (1Co. 9, 16) y que en el hombre “oyente de la palabra” no alcanza sus dimensiones plenas sino bajo la acción del Espíritu, en los que anuncian (2Co. 4, 6), en los que reciben su mensaje y lo aceptan, según una “obediencia”, preparada ciertamente por el Espíritu, pero que es también opción de libertad (Rm. 1, 5; 16, 26) y una decisión (1Ts. 1, 8s.). La fe es recepción de un don externo a quien la recibe, y libre decisión de recibir. La confianza radical que se expresa en ella autoriza a la fe a ser *certeza objetiva*, tan fuerte que Pablo puede hablar de ella simplemente como un *conocimiento*: “sabemos que Dios hace cooperar todo para el bien de los que lo aman” (Rm. 8, 28); “creemos... sabiendo que el que ha resucitado al Señor Jesús nos resucitará, también a nosotros, con Jesús” (2Co. 4, 14; 5, 1-6; Rm. 13, 11). Esto no asimila el “conocimiento” obtenido en la confianza creyente a un saber “gnóstico” concebido por el hombre a la medida del hombre, y que será vana “hinchazón” (1Co. 8, 1) y de lo humano<sup>6</sup>. La fe se funda en un abandono que únicamente “abre la vía que conduce a Dios” (Ef. 3, 12) y sobre una confianza que únicamente da

---

y en Trento: “nadie debe prometerse con certeza absoluta alguna seguridad, aunque todos tengan el deber de situar y de hacer descansar en el socorro de Dios su esperanza más firme. Porque Dios, si no son infieles a su gracia, llevará a su término la buena obra, como ya la ha comenzado... Sin embargo, que los que creen estar de pie cuidense de no caer, y trabajen para su salvación con miedo y temblor (DS 1541). Cf. J. Pieper, *Über die Hoffnung* (Sobre la esperanza), Hegner, Leipzig, 1935, 39 ss.; J. Alfaro, *Fides, Spes, Caritas* (Fe, Esperanza, Caridad) Nueva Edición, Gregoriana, Roma, 1964, cap. 12, *Certitudo actus spei* (Certeza del acto de esperanza) 540-561.

<sup>6</sup> “Sea cual fuere la gnosis, progresista o reaccionaria, ella sólo produce vanagloria, mientras que la caridad edifica... El ‘cristiano adulto’ no puede ser sino el que ha crecido en la fe y el conocimiento de Cristo —pero no es adulto sin la caridad... Es claro que toda palabra carismática es juzgada en la caridad, sea ella inspiración poética o intuición filosófica... Esta frase del apóstol amenaza... a todo teórico y a todo intelectual, como ella amenaza a todo político y a todo hombre de acción” (Schlier, op. cit., 83-85).

a las “obras” del creyente una base —la de su abnegación, de su desinterés de sí— y así “justifica” (*Rm.* 3, 28; *Ga.* 2, 16; *Flp.* 3, 4-11). En el fondo de la fe hay un *deseo de Dios* (*desiderium*, noción fundamental en el pensamiento de Agustín): Dios la anima por la esperanza y la conduce hacia la caridad, sin la que ella sería inútil y vana (*1Co.* 12, 2).

La esperanza es también mediadora entre la fe y la caridad. La esperanza pone en marcha en la fe un movimiento que tiende a la caridad —“buscad la caridad” (*1Co.* 14, 1)—. La caridad de Dios revelada en Jesucristo es finalmente la única razón para *no vivir sino por la fe* (*Ga.* 2, 20). *Nuestro amor*, o nuestra caridad, no es cristiano sino respondiendo a la caridad de Dios, que nos precede, que se nos ha manifestado en el don de su Hijo (*1Jn.* 4, 10), es cristiana entonces siendo primero amor de Dios (*2Ts.* 3, 5) y amor de Cristo (“si alguno no ama al Señor, sea anatema” (*1Co.* 16, 22) y, en razón de la Encarnación, amor del prójimo, y fundamentalmente “de todo hombre” (*2Ts.* 3, 12; 5, 14 y ss.; *Rm.* 12, 18; *Ga.* 6, 10). Como el amor del Dios que entrega a su Hijo “supera todo conocimiento” (*Ef.* 3, 19), la caridad es un ímpetu hacia el infinito, que según Gregorio de Nysa es a la vez *vuelo y reposo*, y que según Pablo recapitula todo el dinamismo de la fe y de la esperanza: “la caridad cree todo, espera todo” (*1Co.* 13, 7), y en esta medida es “la más grande” de las tres (*1Co.* 13, 13)<sup>7</sup>. Cada una de las tres virtudes teologales tiene su “estructura” propia —lo que no les impide recortarse y, análogamente, ser “consustanciales”—. Como las personas divinas son un conjunto, siendo cada una única<sup>8</sup>. La comparación se impone, en la medida en que la fe, la esperanza y la caridad son llamadas “virtudes teologales”, “virtudes divinas” —dones surgidos de la profundidad de la vida divina y ofrecidos al hombre peregrino en la tierra—. Pero aquí se presentan nuevas cuestiones.

<sup>7</sup> Víctor Warnach, *Agape. Die Liebe als Grundmotiv der neutestamentlichen Theologie* (Agape. El amor como motivo fundamental de la Teología del Nuevo Testamento), Patmos, Düsseldorf, 1951.

<sup>8</sup> Es por lo que las especulaciones teológicas sobre la cuestión “¿el pecador que pierde la caridad (sobrenatural) conserva la posibilidad de creer y esperar?” guardan su derecho (Trento DS 1544, 1578, *Del Cuerpo Místico* DS 3803): *si*, aunque esa misma fe que se ha tornado estéril y esta esperanza egoísta en definitiva no son animadas por el desinterés de la caridad. Cf. también DS 1963 y 2312.

## 2. El carácter “divino” de la fe, de la esperanza y de la caridad

1. - Testimonia primero en favor de la “divinidad” de las tres virtudes su fundamento común: el *desinterés*, o la *abnegación*, que en el centro del mundo creado, es imagen de la “relacionalidad” de las personas, o hipóstasis divinas: el Padre no es Padre sino ofreciendo toda la divinidad al Hijo, cada persona es Dios en la relación que mantiene con las otras personas. El desinterés de Dios tiene por su más manifiesto reflejo su caridad dada al mundo: el himno de Pablo a la caridad (*1Cor.* 1, 3) lo dice en cada uno de sus versículos y sus otras exhortaciones lo confirman: “soportaos por caridad los unos a los otros” (*Ef.* 4, 2), “llevad las cargas los unos de los otros” (*Ga.* 6, 2), “que cada uno estime al otro superior a sí mismo” (*Flp.* 2, 3). Si Dios “ha entregado en Jesucristo su vida por nosotros, también nosotros debemos entregar nuestras vidas por nuestros hermanos” (*1Jn.* 3, 16). En cuanto Dios es quien actúa así en el hombre, no se trata en ello de una imitación solamente de carácter ético, sino de una *expropiación ontológica*: “si uno sólo ha muerto por todos, todos han muerto entonces”, para que “no se viva y no se muera sino para el Señor” (*Rm.* 14, 7 y ss.). Esto vale para la fe y la caridad. Pablo lo muestra cuando considera que su vida “que todavía no existe sino en la fe” es respuesta total a Cristo “que me ha amado y se ha entregado por mí” (*Ga.* 2, 20). Pero, ¿se puede atribuir el desinterés a la esperanza? La afirmación inversa, según la cual se marcaría en la esperanza un resto de aspiración egoísta a la felicidad, tiene cierta apariencia de verdad, y ha incitado a más de un hereje a describir el “puro amor” como un estado en que el hombre ha superado la esperanza. La Iglesia ha sostenido siempre lo contrario de tal tesis<sup>9</sup>. En el origen de esa concepción falsa, se puede quizá denunciar la concepción agustiniana estrecha según la cual el creyente sólo puede esperar para sí mismo (convencido Agustín que algunos son condenados, su esperanza no puede ser universal...). Pero a

<sup>9</sup> Contra ciertos protestantes para quienes esperar recompensa es pecaminoso Trid, DS 1539, 1576, 1581; contra el quietismo de Molinos, DS 2207, 2212 (“spem expugnare debet”); contra el jansenismo de Quesnel, DS 2257. Fenelon no ha defendido nunca esta concepción aún si se le ha atribuido polémicamente. Ver Jeanne-I Goré, *La notion d'indifférence chez Fénelon et ses sources* (La noción de indiferencia en Fenelon y sus fuentes), PUF, París, 1956, y Jacques Le Brun, *La spiritualité de Bousset* (La espiritualidad de Bousset), Klincksieck, París, 1972, 603 ss.

esa limitación se opone el pasaje de *Romanos* donde se dice que la creación entera “gime y espera la libertad gloriosa de los hijos de Dios”, y donde el espíritu intercede por los creyentes “con gemidos inefables” (*Rm.* 8, 19-26). La esperanza no viene así del fondo de la criatura, sino que es inspirada y co-realizada por el Espíritu. Esto vale bajo otro aspecto: como testimonio de la esperanza cristiana, la “herencia” está ya en manos del creyente, fundamentalmente, desde su bautismo, tanto que “Cristo es entre nosotros la esperanza de la gloria” (*Col.* 1, 27) o que el Espíritu que habita en nosotros es ya “prenda” (*2Co.* 1, 22; 5, 5; *Ef.* 1, 14) de lo que Dios nos autoriza a pretender. No aspirar a ello sería no sólo ingratitud: sería contradecir lo que somos, porque es imposible amar al soberano bien sin aspirar a él.

2. - Se podría según ese decir que la fe y la esperanza son deducibles a partir de la caridad, que es “lo más más grande que existe” en cuanto respuesta humana otorgada por Dios al amor absoluto manifestado por Dios en Cristo. La fe no es sino tener a ese amor por verdadero, remitirse a él, y conformar a él su ser y su hacer. “En Cristo sólo vale la fe obrando por la caridad” (*Ga.* 5, 6). La caridad es “la obra de la fe” (*2Ts.* 1, 11). En un mundo no salvado todavía íntegramente, la caridad es siempre “difícil de practicar” (*1Co.* 15, 10 y ss.) hasta el punto que en *1Ts.* 1, 3, se trata en un sólo trazo de “la obra de la fe”, de la “labor de la caridad” y de la “constancia de la esperanza”. La prueba y la *paciencia* son atribuidas particularmente —se ha podido discernir en la paciencia el resumen de toda la actitud cristiana<sup>10</sup>—. La unidad, y en el fondo, la “pericoreosis” de las virtudes teológicas se reconoce mejor frente a la tentación y la prueba: en *Rm.* 5, 1-6, “gloriarse de la fe y de la esperanza” significa “gloriarse en la tribulación”, porque la tribulación hace aparecer la paciencia, la paciencia una virtud probada, la virtud probada la esperanza, la esperanza finalmente el amor que Dios ha infundido por el Espíritu Santo en nuestros corazones. Es lo mismo cuan-

<sup>10</sup> Erich Przywara, *Demut, Geduld, Liebe* (Humildad, Paciencia, Amor) (Patmos, Düsseldorf, 1960), con referencia al *De Patientia* de Cipriano y al tratado homónimo de Agustín. Importa aquí que este último texto analiza la paciencia “esencialmente a partir de la soberana paciencia de Dios” (Przywara, 37). en el A.T. y el N.T., es una modalidad del amor de Dios, y en los *Ejercicios* ignacianos se hace cuestión incluso de la *pena* que Dios se da: “Considerar a ese mismo Dios y Señor obrando por causa de mí en sus criaturas y pensando en alguna medida, en tanto que les da y conserva lo que ellas son, tienen, pueden y obran”. Ignacio de Loyola, *Exercices spirituels* (Ejercicios espirituales), trad. J.-C. Guy, Seuil, París, 1982, p. 117 (párrafo 236: 4ª semana, “Contemplación para despertar en nosotros el amor espiritual”).

do fe, caridad y paciencia son coordinadas (*Tito 2, 2*), cuando la alegría es exigida del cristiano porque en la prueba la fe gana la paciencia (*St. 1, 2-4*), cuando el *Apocalipsis* exige “la fe y la paciencia de los santos” (*13, 10*). La paciencia no es una pasividad. Es la estabilidad del que se mantiene firme en la prueba, es en el tiempo una fuerza de eternidad.

3. - Si es éste el caso, y cuando —según Pablo— los carismas destinados al tiempo presente (hablar lenguas y otros), así como nuestro conocimiento “en un espejo y en enigma”, deben ser abolidos, porque sólo sirven a la “edificación”, es permitido preguntar si las “tres que permanecen” no han de subsistir al tiempo. Es notable que en *1Co. 13, 13*, el verbo está en *presente*: “ahora permanecen las tres, fe, esperanza, caridad”. Que ellas permanezcan en la eternidad, ya lo ha planteado Ireneo: eternamente tendremos que aprender de Dios siempre más grande<sup>11</sup>; Orígenes lo ha seguido en este punto<sup>12</sup>. Recientemente, después de P. Henry<sup>13</sup>, M. F. Lacan<sup>14</sup> nos ha hecho inteligible la interpretación patrística: “*pero ahora*” no tiene nunca sentido temporal en Pablo. No se puede interpretar sino con un valor adversativo: a los carismas, que no durarán, se oponen las tres que permanecerán, y entre las cuales, designada por un segundo *de* adversativo, la caridad es la primera<sup>15</sup>. Esto supone ciertamente una metamorfosis de la fe y de la esperanza, sobre todo según *Rm. 8, 14, 25*. Pero la metamorfosis no tiene que ser tan fundamental como lo exigía la Gran Escolástica, si no se pierde de vista el carácter grandioso, y en definitiva trinitario de esas dos virtudes<sup>16</sup>.

<sup>11</sup> *Adv. Haereses* II, 28, 3.

<sup>12</sup> *Comm. in Johannem* X, 43.

<sup>13</sup> *Recherches de Science religieuses* 46 (1958), p. 321-343.

<sup>14</sup> En su notable tesis sostenida ante la Universidad Gregoriana y desgraciadamente no publicada.

<sup>15</sup> En el mismo sentido F. Dreyfus, *Maintenant la foi, l'espérance et la charité demeurent toutes les trois* (Ahora la fe, la esperanza y la caridad permanecen las tres), en *Studio-rum Paulinorum Congres. Intern. Cath.*, Analecta Biblica 17/18, Roma, 1963: “menei expresa la pertenencia al mundo de las realidades eternas, realizando desde ahora una presencia anticipada del mundo por venir” (412).

<sup>16</sup> Expuesto más preciso en mi ensayo, *Fides Christi, Verbum Caro*, Johannesverlag, Einsiedeln 1960, 45-79; francés; *La foi du Christ* (La fe de Cristo) (Foi Vivante 76), Aubier, París, 1968. También: Hugo de Saint-Cher sobre *I Corintios 13, 13* (Werke VII, 110d); Alberto Magno, *In Sentent.* 3 dist. 31 a 7 (Borgnet 28, 586); Mateo de Aquasparta, *Quid de fide* 6 (Bibl. francisc. schol. med., acv. I, 1957, 141s.).

4. - La cuestión no se puede resolver sin que uno se interrogue sobre la fe y la esperanza de Jesús a lo largo de su existencia terrestre. Desde el sector protestante la respuesta a la pregunta es a menudo afirmativa: Jesús tenía fe y esperanza<sup>17</sup>. Desde el sector católico, el P. Charles había ya roto lanzas en pro de la esperanza de Jesús, incontestablemente a justo título<sup>18</sup>. El había señalado que aún una preciencia infalible no impide la esperanza: la incertidumbre en cuanto al porvenir, dice Charles, no es un momento esencial de la esperanza, y más bien debe ser considerada como la huella dejada por el pecado en nuestras esperanzas. *“La fuente única de donde brota la vida espiritual en el mundo entero podemos descubrirla con certeza en la esperanza inmutable e infalible del Cristo triunfante”*<sup>19</sup>. Después de mi ensayo de 1960 el exégeta J. Guillet ha tomado posición con circunspección y reserva en favor de la “fe de Cristo”<sup>20</sup>. Frente a todos los aspectos del comportamiento de Jesús, se plantea siempre la misma pregunta: ¿es esto compatible con una fe, o la visión inmediata del Padre, que la teología medieval había atribuido a Jesús, no debe ser presupuesta en ello? Pero últimamente no se puede sino poner en evidencia la compatibilidad de una fe (ciertamente ejemplar y superior a la nuestra) con la certeza total que revela el don absolutamente único de Jesús al Padre, hasta en la oscuridad total de la cruz. El viejo adagio *“simul viator et comprehensor”* expresa aquí su verdad. *“Su fe no reposa sobre nada distinto”*, dice Guillet, *“del vínculo que lo une al Padre”*. En ese sentido, *“la visión es compatible con la fe (...) Jesús ha podido ver a su Padre toda su vida, tener la certeza*

<sup>17</sup> Además, los autores citados en Fides Christi, nota 16, cf. G. Ebeling, *Das Wesen des christlichen Glaubens*, Tübingen 1959 (francés: *L'essence de la foi chrétienne*, París, Schlatter) (La esencia de la fe cristiana); *Glaude im NT* (Fe en el NT), (3) 1905; R. Schaefer, *Jesus und der Gottesglaube* (Jesús y la Fe de Dios) (Tübingen 1970) comentado en Rahner/Thusing, *Christologie, Exegetisch und Systematisch, Quaestiones Disputatae* 55 (Cristología, Exegética y Sistemática) Friburgo/Basilea/Viena, Herder, 1972, 168s.; F. Grasser, *Der Glaube im Hebräerbrief* (La fe en la Epístola a los Hebreos), Marburgo, 1963. De la parte católica: Frank Duquesne, en *Etudes Carmelitaines* (Estudios Carmelitanos) (1947) 28s.; Lavalette, en R S R 50 (1962) 130-132; J. Alfaron en *Gregorianum* (1961/3); H. de Lubac, *Augustinisme et théologie moderne* “Théologie”, París, Aubier, 1965, 129s.

<sup>18</sup> *Spes Christi* (Esperanza de Cristo) Nouvelle Revue Théologique, (1934) 1009-1021; (1937) 1057-1075.

<sup>19</sup> Art. cit. (1934), 1019 - Péguy lo había precedido en su glorificación de la esperanza de Cristo.

<sup>20</sup> *La foi de Jésus-Christ* (La fe de Jesucristo) *Jésus et Jésus-Christ* 12. París, Desclée 1980.

*inmediata de su presencia, y creer en él, ir hacia él, con toda su humanidad, en la paciencia del tiempo que madura...* Se puede entonces arriesgar la fórmula: *“la fe de Jesús, es, quizá (...) el modo según el cual él vive su visión”,* y *“en Jesús la fe es hasta el último momento oscuridad real y total abandono”*<sup>21</sup>. En Jesús, la raíz común de las tres virtudes teologales —el desinterés y la abnegación especialmente manifiestos en la caridad y la esperanza— es perfectamente perceptible, y esto porque es la más alta revelación en el mundo del misterio trinitario.

5. - Pero si consideramos —a justo título— a las *“tres que permanecen”* como *“virtudes divinas”*, ¿no debemos buscar su fuente más originaria en la vida trinitaria de Dios? De hecho: las tres son las actitudes hechas posibles por Dios que más aproximan al hombre a Dios. Nadie ha expresado esta idea con más audacia y a la vez con más ponderación, que Adriana von Speyr, de la que sólo se podrá citar aquí pocas líneas: *“La caridad, dice ella, es lo que hay más grande en lo que permanece. Pero con ella permanecen la esperanza y la fe”*, porque ellas son *“una apertura del cielo a la tierra, hecha para atraer la tierra al cielo”*. La Antigua Alianza estaba enteramente bajo el signo de la esperanza, pero el Hijo, habiendo cumplido toda esperanza en la tierra, ha despertado en los fieles *“una esperanza totalmente nueva”* que sigue informando intrínsecamente a la caridad, afirmándola y haciéndola crecer, como la fe. Adán había sido creado para la obediencia de la fe, y toda la Antigua Alianza nos da testimonio de *“la relación estrecha que une la fe y la esperanza, en un espacio que Dios abre para el hombre”*. En Cristo la fe se *“beneficia de un asombroso ensanchamiento, fundado en la relación eterna del Hijo al Padre, y al mundo cuya relación vive el Hijo hasta en su misión”*. Al hijo es posible saturar una fe con esa relación de modo que en él *“el cumplimiento pleno de la fe”* abra a la fe *“nuevas regiones de esperanza”*. *“La certeza que el Hijo trae con él del cielo a la tierra, su visión del Padre y su adhesión eterna a él, son para la fe la posibilidad de creer siempre más... una mirada sobre lo invisible”*. Esa certeza puede quedar disimulada en el Espíritu, y en el día de la cruz y del abandono la *“innegable certeza de la visión del Padre y de su*

<sup>21</sup> Op. cit. 183-184. Además de mi ensayo son utilizados: L. Malevez, W. Kasper, W. Pannenberg, y los artículos de J. M. McDermott, *Revue Biblique* 84 (1977) y 85 (1978). También se ha recurrido mucho a H. Schurmann *Jesu Ureigene Tod*, Friburgo/Basilea/Viena, Herber, 1975 (francés: *Comment Jésus a-t-il vécu sa mort?*. Lectio Divina 93, Cerf, París, 1977).

conocimiento” continúa, en medio de *“la no visión y del no conocimiento”*. La fe y la esperanza, sin embargo, no sólo *“los furrioles de la caridad”*, que en Dios es plenitud de vida trinitaria, y *“lo que hay en el fondo de la fe y de la esperanza, la que es expresión perdurable de la caridad, entra también en la vida eterna”*. *“Allí donde el Hijo ha tomado frente al Padre la actitud del hombre ‘peregrino’, que es prototipo de una fe y de una esperanza cristiana, allí se alcanza ya en el tiempo lo que de nuestra fe y de nuestra esperanza puede permanecer eternamente. Las dos tienen que pasar ciertamente por una transfiguración. Pero el resultado para el que no tenemos palabra ni concepto, no será una ruptura con lo que ha sido, sino su consumación. Dios no destruye los odres que han sido suficientemente buenos para llevar a su amor a través del tiempo del mundo...”*<sup>22</sup>.

Tal es la visión que se dirige sobre Dios desde el mundo y por la mediación de Cristo. Se puede también mirar desde Dios al mundo. Se debe decir entonces que *“la fuente de la esperanza y de la caridad está más allá del tiempo”*. *“La fe en la medida en que el Padre pone desde toda la eternidad toda su espera en el Hijo y en el Espíritu”*, y la encuentra cumplida en forma de *“un don siempre dado nuevamente”*. *“La ciencia infinita del Padre no le impide esperar constantemente. Deseando poner su ciencia al servicio del amor —lo que hace desde toda la eternidad— hace coincidir en él ciencia, fe y confianza. Esta fe está arraigada en un amor divino, que no podría decepcionar; lo que se puede llamar en Dios, fe y confianza, no existe sino para permitir desplegarse al amor, para darle el espacio que una pre y omni-ciencia muerta no podría darle y del que está necesitando porque no puede ser sin don de sí, sin dinamismo, sin vuelo. En todo amor hay siempre una confianza, un deseo, una espera, respetuosa de la libertad del otro y del don no dominable que puede hacer de sí. Privar al amor de esa espera sería matarlo. Y en esa espera respetuosa está la fuente de toda nuestra esperanza en Dios: la esperanza que el Padre pone en el Hijo y en el Espíritu”*, y que como la fe *“está presente en el Hijo y en el Espíritu sin perder nada de su intensidad”*. *“Seguramente hay inadecuación y posibilidad de incomprensión, si se habla de fe en Dios. Sin embargo, no se puede prescindir del concepto. Si intentando comprender la vida de Dios, quisiéramos no recurrir al concepto de fe, perderíamos toda inteligencia de esa vida”*. Dios puede también

<sup>22</sup> Korinther I, Johannesverlag, Einsiedeln 1956, 422-429.

metamorfosear nuestros conceptos. *“Esos dones los más altos de Dios, surgidos de lo más profundo de él y haciéndonos participar en su vida, fe, esperanza y caridad, pueden decirnos lo que es Dios mejor que puede decirnoslo nuestra naturaleza criada desde su fondo”*. Entretanto, en la eternidad, nuestra fe será seguramente transfigurada. Pero *“la visión cara a cara nos será una forma de fe, mucho más concreta, más manifiesta, mejor probada y con mejor evidencia. Ella no destruirá nuestra fe: la perfeccionará”*.<sup>23</sup>

<sup>23</sup> *Die Welt des Gebetes* (El mundo de la oración), Johannesverlag, Einsiedeln 1951, 26-28.